



El escenario de lo público, un lugar entre-nos

A propósito de la obra *Ex: que revienten los actores* de Complot Teatro

MARÍA ANDREA GÓMEZ GÓMEZ¹

En tiempos de supuestos diálogos, de fingidas políticas, de luchas panfletarias, de memorias publicitarias, de hipócritas igualdades y de espectáculos de la intimidad, es pertinente la discusión y la puesta en común de lo que viene a poner la piedra en el zapato sin acolchonamientos o terapias de relajación. El trabajo del grupo *Complot Teatro* de Uruguay (que se presentó en el

marco de la versión XXXIV del Festival Internacional de Teatro de Manizales) gira en torno a eso, a desacomodar e incomodar, compartiendo lo que todos ya sabemos y hemos vivido buscando hacernos cómplices por fin de aquello que nos hace humanos y que olvidamos con tanta facilidad: el dolor, el odio, la lucha por una o por la otra y, en últimas, esta batalla interminable por la felicidad, sin saber cómo conseguirla, cómo llegar a ese *país tan lejano, que queda más allá del continente utopía...* como lo decía el narrador de la obra “*Ex: que revienten los actores*” de Gabriel Calderón.

¿Cuáles son los lugares de las luchas?
¿Desde dónde construir ese lugar don-

¹ Comunicadora Social y Periodista. Profesora del Área de Formación Básica y Disciplinar del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. mariandreago@hotmail.com

de todas ellas nos acerquen más al afortunado encuentro y menos a la bárbara muerte? ¿Cómo replantear la profundización del odio y el dolor por una auténtica lucha que nos permita emerger de las cenizas, ser lo que somos, estar como queremos estar, necesitar lo que necesitamos, es decir vivir para vivir y no para matarnos entre sí? Y es que bajo todo discurso de paz, bajo toda encomienda de acallamiento se cifra siempre una estrategia de olvido, de indiferencia y de abnegación frente a la realidad, esa que no parece poderse modificar porque ya está establecida por unos cuantos, por un bando o por el otro, maniqueísmo de las verdades veladas, impunidad de los que no quieren hacerse cargo de la historia que juntos, todos, de una u otra manera, seguimos construyendo o destruyendo. Memoria oficial de los héroes y los vencidos.

¿Y qué de los intermedios? ¿De los que estamos en la mitad y no pertenecemos a ningún bando, a ninguna trinchera? ¿De los que por decisión o ignorancia no pertenecemos a los costados de nada y que, sin embargo, llevamos las secuelas de esta absurda infelicidad? ¿De los que cargamos los muertos de los que se alimenta esa paz que atiborra los cementerios? ¿De nosotros los del común, los todos o los nadie, los anónimos, los de siempre, a los que no nos ha quedado nada claro todavía pero queremos saberlo, a los que nos quitaron la palabra verdad para imponernos la ley de la confusión? ¿De los que buscamos un lugar para la esperanza como quien busca a un ser desaparecido y lo ve entonces en otros rostros como si su recuerdo se tradujera en un gesto familiar? ¿De los que construyen casas y puentes, de los albañiles del tiempo que nos invitan a seguir a la sala de su casa y desde ella, que puede ser la nuestra, a reconstruir

la historia de un país, de un continente llamado humanidad?

Complot teatro nos abre a lo común, nos mete en el afuera al que todos pertenecemos y replantea con ello, precisamente, toda esta dinámica de los espacios y de esa supuesta dicotomía entre lo público y lo privado, lo interno y lo externo, replanteando el lugar del arte y de lo público, porque lo público lo hace la comunión de la palabra y la memoria entre muy diferentes seres, todos iguales. La pregunta por el lugar del escenario es la misma que por el lugar de las luchas, “una lucha en la que se nos va la vida” dialoga Gabriel Calderón su director, porque es así; ni el teatro, ni el arte son un simple juego de representaciones, una trasposición de realidades o una caja mágica de sorpresas, sus actores trabajan y ponen su piel, su vitalidad y su fuerza hasta reventar y hacer reventar al público también; sin esta conexión, sin esta responsabilidad compartida no hay obra, no hay teatro, no hay arte y no hay público tampoco.

Lo público no lo hace el lugar, lo hace surgir, se crea, se gesta en la comunión consentida y creativa del pensamiento, en la reunión de los seres que se encuentran en un espacio y tiempo determinado para construirse conjuntamente como comunidad desde la contrariedad, desde las distancias del “entre nos” que nos acerca, diría Calderón. La comunidad, lo público, se construye en el entre: “El teatro es el *entre*, es lo que sucede entre el espectador y nosotros mientras hacemos la obra”, esa realidad que se crea conjuntamente.

No se trata de simple entretención, así como tampoco se trata de meros consensos, y mucho menos de la burda exclusión, de la negación. ¿Dónde está el escenario?, ¿Dónde está la paz? ¿Dónde

está la lucha? ¿En la montaña, en la calle, en la sala de teatro, en la sala de una casa, en la máquina del tiempo que viaja entre recuerdos y futuros posibles? Están donde estemos todos, los invitados, los que quieren y los que insisten, los que trabajan y crean, los que luchan, no desisten y abren los lugares para ello, cualquiera que sea, desde el frágil hilo que nos separa y nos junta, que divide a la realidad de la ficción, que nos encuentra, que nos pone en el medio, en el *entre nos* de la historia, de los actores, del tiempo y del espacio compartido, donde todos tenemos la misma responsabilidad de creer y crearnos aquellas verdades que no son dictadura sino visiones, puntos de vista, angustias y anhelos, que nos permite movernos, buscar, intentarlo, ensayar, mirarnos a los ojos y llorar y querer huir sin hacerlo, y, que como nos comentó Gabriel, nos hace *mancarnos*, es decir, soportar hasta lo que no nos gusta: “¿A qué viniste, a gastar dos horas de tu vida acá?, ¿te trajeron?, sos un idiota, mereces que no te guste, ¿te enojaste?, *mancáte-*

lo, ¿a qué vengo yo acá, a satisfacer tu felicidad?, no, ese no es nuestro mundo, esto es teatro y acá compartimos dolores, molestias, alegrías, el actor asume su trabajo y se resiste a su circunstancia anímica, la soporta, transforma su estado de ánimo en una energía positiva, lo asume, no te hace una función de mierda porque hoy está de mal humor, tiene que transformarlo y un espectador tiene que hacerlo también, es una responsabilidad para ambos”, ambos, públicos y actores, crean la realidad.

Lo público es mediación, como el teatro mismo, no es un lugar ya establecido o una partitura memorizada, no es mero espectáculo y comodidad, no es la función debe continuar y ya está; es también una lucha, un riesgo, una política, una propuesta real de comunidad, una apuesta que se las juega todas por su concreción, por su ilusión forjada en memorias, en lugares sin lugar, en el pacto de los que nos encontramos sin saber si nos une ‘el amor o el espanto’, parafraseando a Borges.

